

# EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

Domingo 6 de julio de 1856.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO II.—NÚM. 458.

MADRID 6 DE JULIO.

Prescindiendo, por no interesar al fondo del debate, de lo que *La Iberia* manifiesta, respecto de los móviles que le inducen a continuar con nosotros la polémica sobre la disolución de las actuales Cortes, y agradeciendo a nuestro colega la deferencia con que nos mira (y con la cual no hace mas que pagar la constante y sincera estimación que *La Iberia* nos ha inspirado siempre) vamos a analizar el nuevo artículo que nos ha dirigido.

Insiste *La Iberia* en que la Constitución de 1837, fué proclamada, ó cuando menos *aclamada* durante la revolución de julio de 1834 por los combatientes de la Plaza Mayor, de la calle del Príncipe, de la de la Montera y de la plazuela de Santo Domingo. No negamos ni podemos negar un hecho de esta clase. Si *La Iberia* afirma que oyó vitorear la Constitución de 1837, su dicho nos basta y nos sobra para que desde ahora tengamos una completa seguridad de que en efecto contoció lo que asegura. Pero, de todos modos, no habiendo habido *promulgación*, como *La Iberia* misma reconoce; no habiendo consignado en ningún documento oficial, ni las juntas revolucionarias, ni el gobierno, ni las Cortes, ni nadie, su intención de que la Constitución de 1837 fuese restablecida, claro está que los deseos de los que la habían proclamado quedaron *sin formalizar*, y sin ser realizados.

Dice *La Iberia*: «Todo se hizo en armonía con la Constitución del 37: las elecciones, el restablecimiento de la Milicia Nacional, los ayuntamientos... todo en fin. Si uno se promulga aquella Constitución, fué por el mismo carácter de interinidad que se le daba; porque en la conciencia de todos estaba la próxima reunión de las Cortes Constituyentes.»

Si tales intenciones hubiera habido, la Constitución de 1837 hubiese sido promulgada con carácter de interinidad, como lo fué, después de la revolución de la Granja, la de 1812. Interin se reunían las Cortes Constituyentes de 1836. Según la teoría de *La Iberia*, no deberían promulgarse nunca las determinaciones interinas; no debería haberse publicado el nombramiento del general San Miguel para ministro interino de la Guerra mientras llegaba de Zaragoza el duque de la Victoria.

Ni las elecciones, ni el restablecimiento de la Milicia, ni la cuestión de ayuntamientos fueron resueltas de modo que indique la restauración de la ley fundamental de 1837. Para la Milicia Nacional, se espació el real decreto de 15 de septiembre de 1834, restableciendo la ley de 29 de junio del año mil ochocientos veinte y dos, hecha bajo el imperio de la Constitución de 1812. Para los Ayuntamientos, y Diputaciones Provinciales, otro Real Decreto de fecha de siete de agosto de 1834, restableció igualmente la ley de tres de febrero de mil ochocientos veinte y tres. Para las elecciones, adoptó el gobierno el método de la ley electoral de 20 de julio de 1837, pero haciendo en ella notables alteraciones; y tan lejos estuvo de su ánimo seguir en este acto el espíritu de la Constitución de aquel año, que en el preámbulo del Real Decreto se propuso y resolvió la duda de si debería ser convocado el Senado vitalicio y de nombramiento real de la Constitución de 1843; pero ni una palabra de recuerdo tuvo para el Senado popular y transitorio de la de 1837!

Añade *La Iberia*: «En cuanto al carácter de interinidad del gobierno, no hacemos mas que recordar los clamores de la prensa moderada desde la revolución acá; clamor de que ya mismo se hacia eco *La España*, diciendo que es necesario que cese este estado de interinidad. Pues ¿esto es así? ¿por qué se alega ahora que desde la

revolución el gobierno y las instituciones hayan tenido carácter de interinidad? *El Trono* no le tiene ya, ¿es cierto, porque ha sido confirmado? pero *le tuvo* hasta que se le confirmó por las actuales Cortes. Está *res la historia*».

«Parecenos que en las anteriores líneas de *La Iberia* hay una patente contradicción: empiezan por decir que el poder ejecutivo tiene hoy carácter de interinidad, y concluyen por afirmar que, si bien lo tuvo, no lo tiene ya desde que fué confirmado.»

Hasta la evidencia tenemos probado, y nada encuentra *La Iberia*, que no puede sostenerse de ningún modo que estuviese suspendido el ejercicio de la dignidad regia, respecto de la cual no hubo mas que veneración y acatamiento en todos los incidentes de la revolución. El hecho de haber convocado Cortes constituyentes, único que se ha presentado como prueba de que el Trono se declaraba a sí mismo suspendido, demuestra todo lo contrario, puesto que el real decreto de convocatoria prohibió someterlo a debate.

El que nuestro estimado colega *La España* se queje, como nos hemos quejado nosotros mismos muchas veces, del carácter de interinidad y de incertidumbre de la situación política actual, no puede de modo alguno interpretarse como una declaración, y mucho menos como una defensa de la interinidad de las prerogativas régias.

La promulgación de una ley fundamental, y la interinidad de la monarquía son cosas demasiado graves para que pueda suponerse acaecidas cuando no constan de un modo auténtico: son hechos demasiado trascendentes para que su existencia pueda consistir en convenios tácitos, ni su explicación en conjeturas.

Y aun cuando concediéramos la hipótesis de que el Trono, como dice *La Iberia* fué interino hasta que recibió de las Cortes su confirmación, para el caso presente resultaría siempre que se halla en el pleno goce de sus especiales atribuciones, entre las que se cuenta como una de tantas la de disolver todas las Cortes por el convocadas. ¿Por qué, pues, la necesidad de que las de 1834 tuviesen el carácter de Constituyentes, dice *La Iberia*?

«Queremos que las Cortes ordinarias hagan una Constitución, es querer que el efecto engendre la causa, un absurdo que solo pudo ocurrir en 1845 a la insipiente inteligencia del partido moderado, guiado por el interés y parcialidad que dominó en aquella nebulosidad.»

Aun suponiendo que en 1834 corriera ninguna prisa, ni hiciera falta para la felicidad del país redactar una nueva Constitución (lo cual estamos muy distantes de conceder, así como *La Iberia* lo está de habérselo probado), extrañamos que *La Iberia* ignore que la idea de que unas Cortes ordinarias reformen la ley fundamental se le ha ocurrido a alguien mas que al partido moderado español. Vamos a citar a nuestro colega dos ejemplos, tomados de la historia de las dos naciones, a quienes siempre se ha atribuido la iniciativa, el magisterio, y la propaganda de las doctrinas constitucionales, y del sistema representativo. Cuando se verificó en Francia la revolución de 1830, no se acudió a ninguna Asamblea constituyente, y bastó la Cámara de los Comunes para reformar la Carta, a pesar de que las variaciones introducidas, entre las cuales se contaron la expulsión de una dinastía regia, la elección de otra, la supresión del artículo constitucional que declaraba a la Religión católica religión del Estado, y otras muy importantes; tenían sin duda mas gravedad y trascendencia que las realizadas por nuestras Cortes actuales. También han sido de mucha

mayor magnitud que las modificaciones hechas desde hace dos años en nuestro sistema político las que la Inglaterra ha llevado a cabo en el suyo en el presente siglo, sin que a sus hombres de Estado les haya ocurrido apelar a otro medio que al del Parlamento ordinario.

Lo que en ningún país de Europa se ha ocurrido a nadie mas que al Duque de la Victoria es que el Ministro responsable de un monarca aconseje, sin que una apremiante, é irresistible fuerza material le someta a ello, la convocación de Cortes Constituyentes. Lo que no se le ha ocurrido a nadie mas que al partido progresista es que haya de ser constituyente un poder al que uno de los constituidos ha dado existencia por su espontánea iniciativa, señalándole principio, y reglas, y prohibiciones.

Dicen *La Iberia* que, para probar que las Cortes de 1834 son Constituyentes, basta ver que han sido formadas para hacer una Constitución. Con este argumento nos sucede lo mismo que con todos los demás que se nos han hecho en la presente polémica: que, aun cuando lo concedamos, no puede menos de contribuir a darnos la razón sobre nuestros adversarios. Si el ser Constituyentes unas Cortes, consiste en que reformen la Constitución del país, dejan de serlo en cuanto han concluido esa tarea.

Esa es la teoría que ha regido en España desde dos años a esta parte. Las Cortes, al reservarse a sí mismas la sanción de la ley fundamental, han declarado que las demás leyes debían ser sancionadas por S. M. la Reina; es decir, se han proclamado Cortes ordinarias para todo lo que no sea tratar de la obra constitucional.

Esa es también la teoría que el partido progresista ha elevado a ley en la nueva Constitución que ha hecho, pero no ha promulgado todavía. Hé aquí dos de sus artículos:

«Art. 89. Las nuevas Cortes (las convocadas para borrar la Constitución) serán constituyentes única y exclusivamente para decretar la reforma.»

«Art. 91. Votada de común acuerdo en los cuerpos colegisladores la reforma, si ha lugar, el artículo 91 de la Constitución modificada hace parte de la Constitución, y las Cortes podrán continuar sus sesiones con calidad de ordinarias.»

Las Cortes de 1834 concluyeron de votar la nueva Constitución hace cinco meses; pero, por haber declarado que su obra constitucional comprendía también las bases de las leyes orgánicas, puede decirse que la terminaron en junio. De año ó de otro modo, según sus propios principios, solo pueden continuar sus sesiones en calidad de ordinarias. Para nosotros es incuestionable que en todas ocasiones ha correspondido su disolución a la Corona; y para los progresistas tiene que ser innegable también lo mismo, a lo menos, desde que la última base de las leyes orgánicas fué votada.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la exposición del ayuntamiento dismisionario de Valladolid que mas abajo insertamos.

Este documento es sumamente importante por las declaraciones que en él se hacen, y porque puede ayudar a formar un juicio algo mas determinado acerca de la índole y tendencias del movimiento tumultuario cuyos desastrosos resultados no se borran en mucho tiempo de la memoria de los castellanos.

«Excmo. diputación provincial de Valladolid.—El ayuntamiento constitucional de la capital a V. E. con el debido respeto espone: Que los dolorosos acontecimientos que acaban de verificarse, cuya magnitud y maleicia no era fácil prever, le han conmovido que su permanencia al frente del gobierno y administración municipal no pueden prometerle el suceso para sus administrados ningún beneficio positivo, porque no hay mejor manera de beneficiar al orden público en el municipio que conciliar los que firman los graves obstáculos que habrían de luchar, hijos los unos de la agitación política, creada con la revolución de julio, y los otros del mal estado económico del ayuntamiento, fruto de grandes mejoras intentadas ó llevadas a cabo por sus antecesores, con cargo a los futuros rendi-

mientos de esta corporación. Pero como para vencer tales inconvenientes bastaba solo, según la creencia de los que firman, una conducta conciliadora al par que equitativa, y se hallaban prontos por patriotismo y abnegación propia a conducirse con estas dotes, se algaron con la idea de restituir algún día la calma a los ánimos y el crédito al ayuntamiento.

Grandes son los esfuerzos que para ello han empleado, y grandes también los nuevos desastres con que la Providencia ha dificultado a esta corporación el logro de sus mas ardientes deseos.

La inundación sobrevinida en 20 de febrero de 1855, la carestía de carnes sufrida en la misma época, la invasión verificada en las provincias limítrofes de la terrible epidemia del cólera morbo asiático, y la estupefacción del invierno, que impidiendo las labores de la ciudad y el campo reducia a la mendicidad a miles de obreros, causaron a este ayuntamiento gastos enormes de imperiosa necesidad.

No lo fueron de menos los que hubo que hacer para conservar el espíritu público y mantener viva la fe de la revolución de julio. El armamento de la Milicia nacional de todas armas, equipo y pago de sus banderas, obra de acuartelamiento y adquisición de pertrechos de guerra, la celebración del aniversario del 15 de julio y los festejos con que se solemnizó la inauguración de la sección segunda del ferrocarril del Norte, ocasionaron enormes desembolsos, proporcionando graves molestias a los capitales y acercándoles la animadversión de aquellos de sus administrados, cuyas ideas políticas no están en consonancia con el régimen existente, ni conformes con los adelantos é innovaciones propias del siglo. Porque desgraciadamente no había cesado la agitación política; antes bien por causas que todos conocemos, algunas de las cuales se hallan muy por cima de las facultades y atribuciones de los ayuntamientos, ha venido inquietándose mas y mas el espíritu público.

La precisión en que se vio esta municipalidad de restablecer en primeros de enero de 1855 la odiosa contribución de puertas, abolida poco antes con general aplauso, y la obligación impuesta por la ley de Cortes de 16 de abril último de acordar con los contribuyentes la derrama de 758,940 reales correspondientes a esta ciudad en subrogación de la suprimida contribución de consumos, y además la que impuso a la misma municipalidad la obligación de satisfacer el desdoblamiento correspondiente a los días en que dejó de cobrarse el derecho de puertas, hasta que se verificó la supresión de este impuesto por las Cortes, han sido otros tantos actos en que forzosa mente esta municipalidad ha tenido que lastimar los sentimientos generales de sus administrados, atrayéndose la animadversión de todos, sin otra escepción que la del cortísimo número que se ocupa en seguir de cerca las disposiciones del gobierno. Lo cual es tan cierto que ha bastado la circunstancia de ser empleados municipales los que recaudaban los arbitrios establecidos por la ley antes dicha, para que el pueblo todo crea que este recargo se ha impuesto por el ayuntamiento y para su exclusiva utilidad.

Añádase que las nuevas tarifas en toda contribución y especialmente en las indirectas, mientras se establecen dan ocasión a ciertos manejos del comercio, y ya establecidas, producen la exageración en los precios por abusos de los traficantes.

Se agrega al espíritu inmoral que domina en las masas no ilustradas, y los hábitos de relajación que causa la frecuencia de las elecciones populares, y la impunidad que han conseguido, por actos de clemencia en si recomendables, muchas de las sublevaciones políticas verificadas, y fácilmente se comprenderá que una parte del pueblo sin educación, cuyo brazo viene sirviendo en pocos años a todos los partidos, haya formado como nuevo que practica una cruzada deplorable contra la propiedad. Robustece sin duda en esta ciudad a semejanza clase «gran número de presidiarios acopiados que permanecen en la población,» cierto número de obreros industriales procedentes de Barcelona, Valencia y Aragón que han venido a las fábricas a aquí recientemente establecidas, trayendo ideas y nebulas nuevas y perniciosas que infloran en aquellos obreros de Castilla mas ignorantes y desmoralizados. Para estos ánimos han valido los esfuerzos del ayuntamiento a fin de proporcionar pan de excelente calidad a precios módicos, ni tampoco la generosidad de los comerciantes en darles en retener considerables existencias a disposición de la municipalidad. De nada ha servido el afán de elevar el precio de los jornales con los trabajos industriales emprendidos a la inauguración de la capital en obras públicas, y de dar de ella en las fábricas, en la construcción de grandes obras costeadas por los particulares y el ayuntamiento, ocupando tan gran número de brazos.

Y menos se ha agitado la filantropía con que las personas acomodadas y esta municipalidad sostienen los asilos de caridad para los desvalidos y los ancianos; ni cuantas acciones podrían inspirar los sentimientos de veneración y respeto a la autoridad, contenido el desbordamiento de las malas pasiones.

Bien reciente y dolorosa es la experiencia de que «solo la fuerza es capaz de asegurar el orden público en una ciudad que encierra en si tales elementos.» La única de que puede disponer este ayuntamiento, consiste en la cooperación unánime de los vecinos honrados de cualquier color político que sean, que arcoñezcan y respeten el sagrado derecho de propiedad, y tengan confianza en sus autoridades.

Si en las circunstancias acaídas que acabamos de

atravesar no ha visto esta municipalidad a su alrededor y prontos a prestarle su apoyo a todos los vecinos honrados, que son mayores en número que los sediciosos, solo puede atribuirse a que desgraciadamente el ayuntamiento no goza de todo el prestigio a que se conceptúa acreedor, y que necesitaria para defender el orden público.

En esta ciudad, y como en mas ardiente deseo sea el que esta ciudad no vuelva a verse cubierta de la mancha que causa hoy su oprobio, ha acordado por unanimidad presentar a V. E., como lo hace, su dimisión para que otros individuos mas diestros ó mas afortunados, poseyendo las simpatías de todos los buenos, impidan la repetición de escenas semejantes. No es el tenor, Excmo. Sr., ni el amor propio ofendido, el que impulsa a los que suscriben a esta determinación, que ruega a V. E. considere como el último servicio que esta municipalidad hace a sus administrados: entre los muchos que a V. E. consta ha procurado dispensarle. Casas consistoriales de Valladolid 29 de junio de 1855.—Excmo. Sr.—Don José Nieto.—José Fernández Sierra.—Antonio Grijalvo.—José María Semprun.—Remigio Callejas.—Benito Ruiz Zorrilla.—Francisco J. Berben.—Francisco Cuadras.—Julian Gonzalez.—Francisco Foronda.—Sandoval Guerra.—Vicente Landeta.—Nemesio Peiren.—Roman Mozo.—Bonifacio Cámer.—Julian Revenga Davila.

En Valladolid y Palencia siguen funcionando activamente las comisiones militares. He aquí lo que escriben de la primera de dichas poblaciones a *La España* con fecha 2 de julio:

«En lugar de los cinco que se decía, fué uno tan solo ayer tarde el fusilado, hijo de un tabernero de la calle de Esqueba de esta ciudad, y según se cuenta, uno de los que hicieron de jefes del motín del 22, capitaneando a las turbas que fueron al consistorio, y luego a la casa de Semprun.»

Ayer llegó en el correo, con esposas en las manos y vigilado por la Guardia civil, el sargento que anunciaron Vds. haber sido arrojado en su casa con algún dinero, y con el jefe de la casa de Semprun; se llama Juan Vallejo, es sargento de muy malos antecedentes, que sirvió, según se asegura, en la Guardia civil, de la que fué expulsado por su mala conducta. Cuéntase que al tomarle esta mañana declaración, ha hecho algunas revelaciones y manifestado que para morir él, tienen que ir por delante lo menos cuarenta. Y se dará crédito sin mas ni mas al dicho de persona tan conocidamente sospechosa y tenida por muy mal sujeto en toda la población, en la que es muy conocida. Con mucho luto debe obrar el consejo.

Asérgase que ayer se hicieron ocho justicias en Palencia, y aunque he tratado de ponerme en lo cierto, preguntando a unos y otros, al ver unánimemente confirmada la noticia, me parece increíble que hayan sido en tanto número, si bien por otra parte nada tendría de extraño, habiendo, según de público se sabe, 40 convicts y confesos de los crímenes de robo é incendios.»

La diputación provincial de Valladolid ha publicado la alocución siguiente:

«En vuestra capital, en Roscoe, los ocurridos en Palencia, con las circunstancias horribles del saqueo y del incendio, y los que en menor escala han simpatizado otros varios pueblos de la Real Castilla; han echado el peso de los horrores en la proverbial «sombra» de la noble sumisión y respeto a las leyes con que de tiempos remotísimos, se ha distinguido este país clásico del orden: del orden, castellanos, única base, el cimiento de las sólidas de la libertad bien entendida, a cuya sombra crecen lazos, la prosperidad y la ilustración que forman la ventura de las sociedades modernas. La diputación provincial ha investigado el origen de tan horribles crímenes, y por cierto «no le encuentra en la carestía de subsistencias,» por mas que los incautos, tomándola por pretexto, ciegos instrumentos de planes tenebrosos, hayan preparado las tristes escenas que así deleitan a los perversos y «traicioneros de oficio,» como horrores a los buenos ciudadanos. La causa, pues, de las maquiélicas asechanzas de los enemigos de la situación, es, a no dudarlo, vuestro risueño porvenir que les roba toda esperanza.

El planteamiento de la industria fabril en el centro de ricas producciones, las venas que se abren a la importación y exportación de todo género de productos, esa colosal riqueza que miran en lontananza «los enemigos del orden,» son cosas demasiado grandes para escalar ala emulación de otros países que temen vuestra competencia, y la rabia, los celos que nada perdonan, por ilícito, en el camino de las venganzas, sobre lo cual os ofrece no pocos ejemplos la historia de las revoluciones de medio siglo. No le habre impulsado las voces de la muchedumbre en la plaza y calles públicas de Valladolid, Palencia y Roscoe, cuando iban a perderse entre el humo de las fábricas y almacenes, cuyas llamas devoraban miles de quintales de trigo y harinas. ¿Dónde encontraría recursos la clase proletaria, tan hambrienta en Castilla, si los promovedores de tales y tan inauditos crímenes hubieran consumado la devastación de estos feraces países? Retirados los capitales, paralizado el comercio, muerta la industria, desalentados los propietarios, ¿en dónde y cómo hallarian los medios de alimentar y vestir a

sentarse al pie de un árbol, y en uno de esos momentos de inspiración en que la caridad inventa un remedio, sumergió los pies descalzados del joven en las aguas vivas de la fuente. Estos climas que dan padecimientos de fuego y abrasan el cuerpo y el alma prodigan en todas partes los remedios, como hacen nacer las yerbas saludables al lado de las venenosas.

—Muy bien, Raimundo, dijo Aurora; vos tendríais la recompensa de ello.

—En el cielo? dijo Raimundo siempre ocupado de Pablo.

—En la tierra, dijo la joven vinda en voz baja.

Nuevo enigma que llegaba a los oídos de Pablo. Inclino la cabeza y continuó su buena obra sin buscar la solución del enigma.

La frescura de la fuente obró maravillosamente en el pobre enfermo. Abrió Pablo los ojos, viendo a Raimundo que le estaba prodigando los socorros, sintió un acceso de sensibilidad nerviosa, y las lágrimas acudieron a devolvérle la razón.

—No es nada, amigo mio, le dijo Raimundo; un desvanecimiento, hace mucho calor aun bajo de estos árboles... Lo mismo me sucedió el otro día. En seguida los pies en él, y en seguida me cure.

Pablo no hacia sino tartamudear silabas sin sentido.

—He creído que mi frente se iba a inflamar ó a partirse...

—Es el sol, dijo Raimundo aplicando en la frente de Pablo anchas hojas de latanes empapadas en agua.

—Pero, repuso Pablo, me parece... Si, es como si hubiera soñado... me parece que he hablado, que he contado cosas...

(Se continuará.)

## FOLLETIN.

### LOS CONDENADOS DE JAVA.

POR MERY.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

Detúvose la condesa, y todo el mundo guardó silencio.

—Al hablar así, en la circunstancia mas solemne de mi vida, repuso Aurora, quiero que todos me conozcáis, y no dejéis incertidumbre alguna sobre el fondo de mi carácter. Ordinariamente se juzga mal de una mujer aislada porque no quiere afligir con sus pesares y su triteza a las personas que viven a su alrededor, y porque los observadores superficiales no comprenden su aparente frivolidad. Si todas las almas heridas no hicieran jamás tregua con sus dolores, y llevaran al mundo las secretas lamentaciones de sus noches, toda sociedad seria imposible. Así pues, señores, juzgádmelo por las confidencias que voy a hacer, y no por las ligerezas que heyaís observado en mí. Creed que hay, bajo las palabras mas frías y las mas graciosas sonrisas un corazón firme y toda la energía de las resoluciones irrevocables.

[XXVI.]

Hasta aquel momento habia hecho Pablo con el mayor vigor contra los effluvis de una sangre sobre-

citada que oscurecia por intervalos su razón. La presencia de las dos hermanas Davidson habia contenido también al ardiente joven en una reserva y un silencio prudentes; pero cuando llegan las crisis supremas, se sucumbe a fuerza de luchar. Pablo estalló.

Aurora lo conoció é hizo una señal a Vandrusen, que este comprendió desde luego.

Levantóse Vandrusen, y ofreciendo su brazo a las hermanas Davidson, les dijo:

—Todo eso es muy grave para vuestra edad; si gustáis daremos un paseito hacia donde estan los trabajadores a quienes tengo que dar algunas órdenes.

Augusta y Maria miraron a Aurora como para pedirle su consentimiento.

—Id, hijas mías, les dijo esta y sed buenas como siempre con estas buenas gentes.

Pablo hizo estallar una de esas misteriosas sonrisas que equivalen a las lágrimas, cuando se ha secado el depósito de los dolores.

Aurora y Raimundo se estremecieron como si la atmósfera del Polo hubiera cubierto de repente el Ecuador.

—Si, dijo con la voz del delirio; si, era un hermoso día... con estrellas de diamante en el cielo... habia allí un palacio indio y una fuente... como aquí... me acordé de su dulce murmullo... ella dormía en un lecho de hojas... yo escuchaba su aliento y la fuente del templo... porque yo velaba...

—Pablo, dijo Aurora con voz conmovida, volved en vos, tranquilizad vuestro espíritu, en nombre del cielo.

Raimundo escuchaba con espanto esa relación que, en su vagabunda locura, parecia prometerle horribles revelaciones.

—El pobre joven no sabe lo que dice! repuso Aurora estrechando la mano de Raimundo.

—Bien se lo que me digo, exclamó Pablo cubierto el rostro de una sinistra palidez. Mientras que dormía, bajó una estrella su frente y alumbró el templo. Yo no miraba la estrella, no miraba al cielo, no miraba la soñada selva... mis ojos estaban fijos en ella... mi amor guardaba su hermosura. Yo retenia mi aliento para no turbar su sueño.

—Dios mio, exclamó Aurora, tened piedad de él y de nosotros! Pablo, no reconocéis mi voz?

Pablo miró a su alrededor con ojos estraviados, y dijo:

—Si, reconozco esta voz! ha sonado tantas veces en mi oído en los dias felices... ahora habla a otro...

—Os engañáis, Pablo, dijo Aurora con voz suplicante, esta voz no habla de amor sino a Dios; recordad vuestra razón; y cuando esteis en situación de comprenderme os diré lo que no sabéis.

Pablo reia, juntaba las manos y miraba la bóveda de los árboles; un estremecimiento convulsivo agitaba sus labios y sus brazos.

—Ella, entró en otro templo, repuso; oh! este era horrible... pero jamás estubo mas hermosa... y el templo se volvió también hermoso... sus cabellos se arastraban por el suelo... y yo cerré los ojos... y los abrí para cojer un puñal y para matar al demonio antes del crimen...

—Se estravió su cabeza, dijo Aurora a Raimundo; no escuchéis lo que dice.

Raimundo escuchaba con la mirada fija, los brazos cruzados, olvidando enjugar las gotas de sudor que corrían por sus abrasadas mejillas.

Aurora se abandonaba a su desolación y oraba mentalmente.

Pablo se sonrió tranquilamente como si viera una visión, y dijo:

—Aquel día estábamos solos ella y yo... en un camino por donde nadie pasaba... yo la vine a dar a algunos pasos de mí... y yo cogía las flores que sus ligeros pasos enroscaban... y me guardaba estas flores para no demostrar mi amor... estábamos solos... hubiera tenido miedo de mí... era tan feliz de verla dichosa!... Si hubiese sabido que la amaba tanto; hubiese pedido al ángel de su guarda que la salvase.

—Dios mio! dijo Aurora hiriéndose la frente; cuantos dolores tienen vuestros presentes! juventud, gracia, belleza, bienes supremos de la mujer, esas son coronas de flores!... debajo estan las espinas!

Raimundo seguía todos los movimientos de Pablo, y parecia dudar de su amor viendo estallar delante de él aquella pasión desolada que estinguia la razón del hombre mas fuerte.

—Hay otra noche también, repuso Pablo, una noche feliz y que las santas estrellas alumbraron para mí... ella lo ha olvidado! la mujer lo olvida todo, como el mar... Si, el mar es la imagen de la mujer. Un bosque es un amigo: pasa otro y ya no hay amigo... El mar es un amigo: pasa otro y ya no hay amigo... En la vida queda lo mismo que un espejo... Aquella noche éramos muchos... Cuatro condenados llevaban el palanquin; ella dormía... Dios mio, quisiera yo saber que es lo que turba el sueño de una mujer!... Qué imbeciles somos!... una sonrisa que se estravió nos abrasa nuestras noches y hace volver los ojos todo el día hacia el sol... El sol es un amigo... Qué oscuro está bajo estos árboles! Dios mio que tenéis la muerte en vuestras manos, qué hacéis en este momento!

Pablo se dejó caer en el césped, como si le hubiera sofocado un último acceso de dolor.

Raimundo corrió hacia él con una prontitud que dio una inefable alegría a Aurora; lo levantó, lo hizo sen-











